

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 24 del Tiempo Ordinario))

“ En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: “Señor, si mi hermano me ofende, ¿Cuántas veces le tengo que perdonar?, ¿hasta siete veces?. Jesús le contesta: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero , al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: “Págame lo que me debes”- El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo:” ¡Siervo malvado ¡. Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?. Y el señor indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

(Mt. 18, 21-35)

Es difícil, a nivel de sentimientos y emociones, dejar de percibir un rechazo hacia quienes consideramos que nos han herido. Pero si vamos ahondando en la convicción de que todos podemos cambiar; de que desconocemos las circunstancias que condicionaron la postura de los otros; de que también pudimos tener actitudes que propiciaran lo ocurrido, de que todo lo que recibimos repercute en nosotros según nuestro modo de acogerlo y de integrarlo, algo irá cambiando en nuestra percepción de la ofensa o la herida.

Desde estas consideraciones iluminadas por la experiencia de haber agradecido la Misericordia de Dios en nuestras vidas, iremos acercándonos a la realidad profunda del perdón . Del perdón de Dios que nos ama, nos acoge como somos y nos llama a amar sin tener en cuenta nuestros errores.

La Palabra nos ofrece hoy, un diálogo muy clarificador entre el impulsivo Pedro y Jesús. Pedro, que en su deseo de cumplir la llamada de Jesús al perdón, quiere tener muy claro cual es el límite de su responsabilidad de perdonar, “¿Cuántas veces he de perdonar?, ¿hasta siete veces?.Y Jesús, desbordando Misericordia, le responde : “Hasta setenta veces siete”. Es decir, siempre.

A Pedro y a todos nosotros, la Palabra nos repite hoy, que el perdón es y tiene que ser una actitud permanente en sus seguidores. Nos vuelve a mostrar que es la

misma Misericordia de Dios la que nos envuelve en su perdón y nos impulsa a vivir esa misma actitud, para con los demás.

Que sintiéndonos perdonados, nos abramos al perdón que comprende, acoge, justifica. Que vivamos el perdón como núcleo evangélico de fraternidad, como expresión del Reino, como camino de reconciliación entre los hombres y entre los pueblos.

ORACIÓN

Ante la realidad de un mundo
herido en su propia vulnerabilidad.
Ante una sociedad
agresiva e injusta
que descalifica y excluye,
ante tantas relaciones deterioradas
por egoísmos y competencias,
tu Palabra , Señor, me provoca
abriéndome al misterio del perdón,
a mis dudas ante la posibilidad de reconciliación,
a mi deseo inalcanzado
del abrazo y el encuentro
entre todas las personas.

Agradezco tu Misericordia
que me regala el perdón,
y que espera que lo ofrezca al hermano
no una vez, sino hasta “setenta veces siete”.
Y en el silencio
lleno de tu Presencia
escucho de nuevo tu voz:
Reconcílate contigo misma,
reconoce tu error, tu pecado.
Descubre y pon nombre
a la dimensión de tu ser
que necesitas modificar
y, siéntete acogida, perdonada, salvada,
libre para seguir caminando cada día,
hacia un horizonte siempre nuevo.

¿Por qué sintiéndome perdonada
me sigue costando tanto perdonar?.
¿Por qué aún guardo
distancias y resentimientos?,
¿por qué aun descalifico, silencio, juzgo,

con la parcialidad subjetiva
que brota de un corazón herido?.
¿Por qué no me dejes transformar
por tu Palabra,
para que se renueve en mí
la fuerza dinamizadora del perdón?.

Y de nuevo tu Presencia
hecha abrazo de Misericordia
suscita en mí el proceso liberador del perdón:
Contemplar a todos
sin prejuicios,
sin etiquetas,
sin resentimientos.
Acercarme a los otros con una mirada
que justifique,
que comprenda,
que libere,
que renueve confianzas
Que reconozca que todos podemos vivir
un proceso de cambio.
Que no puedo juzgar
la realidad profunda de las personas,
que las heridas sanan
o se enquistan
según las acoja y las integre.

¡Deja, Señor, fluir en nosotros,
el amor hecho Misericordia,
el amor que no guarda rencor,
que pacifica sentimientos y actitudes.
Que vayamos descubriendo,
saboreando,
que es desde ese mismo amor
desde donde vamos liberando el corazón
de resentimientos,
acogiendo a todos como son, perdonando.
Y que ese amor nos vaya conduciendo
hacia un mundo hermanado
por el perdón y la reconciliación.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

